

# EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Martes 14 de Enero de 1873.

NÚM. 891.

AÑO IV.

## LA MANIFESTACION

DE LA IMPOTENCIA

La manifestación celebrada anteaño por los radicales fué la prueba más convincente y lastimosa que podían presentar ante el público de Madrid de la impotencia á que ha venido á reducirse ese partido, en otros tiempos indubitablemente popular en esta capital.

Anunciada con muchos días de anticipación y preparada oficialmente, se creía con fundamento que sería de las más numerosas que se hubiese visto, por lo mismo que sus iniciadores contaban con todos los elementos para que no escaseara la concurrencia y además fuese lucida, y, como suele decirse, de campanillas. En efecto, además de los socios de la Tertulia, de los diputados y senadores de la mayoría y de los abolicionistas y laborantes, con todos sus rectores é influencias, podía contar la comisión directiva con el apoyo eficaz del Gobierno, en cuyo favor se hacía la función; y es bien sabido lo que podía valer para el caso tan poderoso apoyo. Podía hacerse concurrir á todos los empleados del Gobierno, de la Diputación y del Ayuntamiento; á muchos de la mayor parte de los individuos de los batallones de voluntarios, y á no pocos de los que no lo fuesen, y presentar una masa considerable de manifestantes.

Era tan general la creencia de que con tales elementos aparecería una manifestación cual nunca se hubiese visto, que desde luego se tenía por cierto que no habría de bajar de veinticinco ó treinta mil personas. No era mucho esperar en una población donde es muy fácil reunir huelguistas y mucho más en domingo, los unos obligados por sus superiores y los otros atraídos por el cebo que suele emplearse para tales demostraciones: veinticinco ó treinta mil manifestantes no representaban ni aun el 10 por 100 de la población de Madrid y no era mucho suponer que se reuniese aquel número después de las gestiones practicadas para conseguirlo.

No sucedió así y el público de la capital tuvo ocasión de contemplar el más insignificante de todos los desengaños para el partido radical. Por más que los diarios ministeriales traten de cubrir la derrota, valiéndose de la frase de que «la demostración fué numerosa», los millares de espectadores que contemplaban el paso de aquello que, más que otra cosa, parecía una procesion fúnebre, saben muy bien á qué atenerse acerca del particular. Digan lo que quieran esos periódicos, el número de manifestantes, según el cálculo de los más prácticos observadores, no pasaba de dos mil quinientas personas y aun tenemos por cierto que ese cálculo es muy favorable á los que se interesan en que aparezca que la manifestación fué muy numerosa.

Aun aceptando que llegaran á 2,500 personas, lo cual es cuando ménos muy doloroso, resultará que no representa ni aun el 1 por 100 de la población de Madrid, lo cual basta para demostrar las simpatías con que en ella cuentan los radicales. Si se agrega la circunstancia de haber acudido la Tertulia con el contingente de todos sus socios y el número considerable de empleados, respecto de los cuales hubo la falta de prevision de hacer que un guarda de arbolado, con su uniforme de tal, llevara uno de los estandartes, se comprenderá lo que era y significaba la manifestación más pomposamente anunciada de cuantas se han celebrado en Madrid.

Ha sido una desgracia, una verdadera catástrofe para sus autores, porque ha sido una ridiculez; los comentarios que en todas partes se oían por la noche eran tan graciosos como desoladores para la situación. Los radicales, que

hace algún tiempo se esfuerzan en pasar, por serios, han perdido todo el fruto de sus afanes en una sola tarde, volviendo á ser colocados por la opinión en la categoría á que siempre se los había visto colocados. Desde el principio hasta el fin, todo fué esencialmente ridículo y para excitar la hilaridad de los espectadores.

Al romper la marcha desde el Prado, la música principió á tocar uno de los aires de la zarzuela *El barón de la Cuesta*, lo cual suponemos que no fué inspirado por algún chusco, sino inspiración del director de la banda, dominado sin duda por la idea de expresar con aquella sonata lo que iba á ser la manifestación. Tal fué el principio: el fin correspondió también cumplidamente á aquella función patriótica: parece que unas señoras radicales cedieron su coche, que, según dice un colega, era de alquiler, para que sirviese de tribuna á los oradores que se proponían dirigir la palabra á la filantrópica reunión: la tribuna, según el mismo periódico, fué el mismo coche, sobre cuya cubierta se colocaban los Demóstenes de la reforma.

Entre el principio y el fin, estuvo el *trágala*, que entonaban todas las músicas al pasar por la Puerta del Sol y calle de Alcalá. Allí estábamos, con otros no menos patrióticos, encantados con aquella agradable salutación que, se nos dirigía, como parte componente del público. Y, como la tragamos tan á gusto, y mucho más viendo que los radicales, que la habían tragado antes, no la podían digerir. El *trágala* era orden comunicado á todas las músicas, pues le entonaban también dos músicas del Hospicio y San Bernardino: más hubiera valido que á los pobres niños les hubiesen dado algo sustancioso y bien condimentado que tragar, en vez de la orden de tocar el *trágala*, expresión de la ira de que iban poseídos los manifestantes.

Entre estos, y á su cabeza, formando parte de la comisión directiva, iba el buigadier señor Carmona, que á nombre de la Milicia de Madrid, envió la bandera á los voluntarios de la Habana. Cuando llegue á noticia de estos últimos, conservarán tal vez el agradecimiento por el primer obsequio, más no le mostrarán muy grande por el segundo.

Creemos que la manifestación del domingo sea la última que se atreva á hacer el partido radical: la prueba ha sido tristísima y ha venido á hacer que se adquiere el convencimiento de que es un partido muerto en la opinión y la situación que en él se apoya, tan impotente, que no le ha sido posible organizar ni aun una mediana exhibición del personal que tiene á sus órdenes. Aun cuando permaneciese en el poder, no sentiría los mayores deseos de presentarse en público temiendo que la presentación sería tan desastrosa como la de anteaño.

## EL MANIFIESTO

DE LA LIGA NACIONAL.

Ya habrán podido apreciar nuestros lectores el manifiesto de la Liga nacional que hemos repartido ayer á los suscriptores de Madrid y remitido á los de provincias, y además insertamos en otro lugar de este número. Es un documento esmeradamente escrito, que brilla por el vigor y la solidez de sus incontestables razonamientos, y en especial por la claridad de sus conceptos y por la inmensa trascendencia de sus autorizadas declaraciones.

Nadie, en efecto, más autorizado que el señor Ayala, ministro de Ultramar á la raíz de la revolución, para apreciar las tendencias y el objeto verdadero de las insurrecciones filibusteras de Yara y de Lares: nadie puede conocer mejor que él los resortes de que se valió el Go-

bierno provisional para traer á buen camino á los insurrectos de ambas Antillas, que despreciaron todas las concesiones, y se burlaron de todas las reformas y libertades que se les prometían, aprovechándose pífidamente de ellas para extender la rebelión desde la manigua á los centros más productores y para arrojar la máscara hipócrita y declararse abiertamente enemigos de la patria, á cuyos valientes hijos asesinaban al grito de *Muerta España*.

Bajo este punto de vista no ha dejado que desear el manifiesto del Sr. Ayala, porque en él se encuentra la demostración más completa de que los filibusteros de Cuba y los laborantes de la Península no aspiran á obtener mayor ó menor grado de libertad política, ni á conseguir ciertas reformas de índole administrativa, sino á separarse de la Metrópoli, á combatir la integridad de la patria y á transformar el estado social de las Antillas para arrojarse de ellas á los españoles y arrebatárselas propiedades que han adquirido á costa de grandes afanes bajo el amparo de las leyes.

El laborantismo peninsular y americano, sacado á la pública vergüenza en el manifiesto de la Liga nacional, no puede ya permanecer oculto ó disfrazado para herir cobardemente con los dardos envenenados en el corazón de la patria; tiene que presentarse tal como es á la luz del día, y responder al duelo á que le provoca la Nación, ó desaparecer para siempre, y no ofrecer al mundo el repugnante espectáculo de su terrible deformidad.

El manifiesto del Sr. Ayala será impugnado por la prensa ultra-liberal y *simpatizadora*, y como hemos de volver á ocuparnos de él con más detenimiento, nos limitamos hoy á hacer constar la grata impresión que en todos los buenos españoles ha producido su lectura.

## UNA VISITA A PALACIO

En esta época de libertad, de prácticas parlamentarias y de horror á las intrigas de Palacio, ha causado gran sensación y es objeto de todas las conversaciones la llamada y la ida á Palacio del señor duque de la Torre.

No habiendo sido bastante para hacer ir al Palacio al general Serrano ni los recados amistosos, ni el proyecto ó borrador de la carta con sabida, se ha resuelto á llamarle don Amadeo.

El general Serrano se ha presentado en Palacio, pues sin incurrir en la nota de rebelde no podía exensarse de ello.

La conversación entre don Amadeo y el general ha sido esencialmente política, en cuanto don Amadeo puede hablar de las cosas que no entiende; pero el pretexto ha sido preguntar el duque de Aosta si la señora duquesa de la Torre tendría inconveniente en presentar como camarera mayor, al niño ó niña que dé á luz doña María Victoria.

El señor duque de la Torre dijo que lo pondría en conocimiento de su señora; pero como la duquesa ha hecho renuncia de estas funciones, es casi seguro que se disculpará cortemente.

Estos son los llos de la libertad, en todas sus manifestaciones, de las prácticas parlamentarias en toda su pureza, etc., etc.

Esperamos nuevos datos para emitir nuestra opinión sobre unos actos que no comprendemos bastante bien.

La situación de D. Amadeo, la del ministerio y la de los partidos de la revolución es crítica, lastimosa y ridícula.

No procedemos nunca por las primeras impresiones, sino con todos los antecedentes á la vista. Pronto hemos de poder hablar con exactitud.

El anciano Bonnard, con el gorro que le tapaba hasta los ojos por debajo de la gorra de paño, llevaba sobre su capa el chal de boda de su hija, y esta se había puesto dos vestidos, uno sobre otro.

—En marcha, en marcha, dijo Margarita; y el Señor nos guía.

En los momentos de extremo peligro, el que se halla dotado de carácter más enérgico, sean los que quieran su edad y su sexo, adquiere sobre sus compañeros una autoridad á que todos instintivamente se doblan; porque en toda sociedad humana es necesario un jefe; y Margarita se apoderó en esta ocasión, sin haberselo podido figurar, de este cargo difícil que nadie trataba de disputarle. No veía medio alguno para librarse de sus pocos compañeros del desierto que tan repentinamente acababa de librarse al desgraciado Emilio Combel; pero comprendía también, como Francisco, que en aquellas terribles circunstancias la quietud era mortal.

Caminaron á la ventura, porque, aunque hubiera habido camino, era imposible conocerlo y seguirlo bajo la inmensa sábana que cubría la tierra. La noche se ponía cada vez más oscura, no había una estrella en el cielo, ni otra claridad sino la deslumbradora blancura del suelo que molestaba la vista. El viento arrojaba también, y los viajeros, con los pies metidos en la nieve, sentían que su aliento se les helaba.

Hallábase entonces á trece leguas de Constancia y á más distancia de Setif, y apenas sabían hacia dónde caminar sus pasos. Margarita esperaba encontrarse con alguna de esas tribus nómadas, que ponen sus tiendas donde hallan yerba para que pasten sus ganados; y esta hospitalidad, cuya sola idea la hubiera llenado de terror algunas horas antes, le parecía el único medio de salvarse, y hablaba de ella a sus compañeros con mayor seguridad de la que ella misma tenía, procurando así reanimar su valor.

Pasaban entretanto las horas, y sus miembros doloridos con la fatiga y enervados con el frío, se movían con sumo trabajo. El anciano Bonnard, a quien los años habían disminuido el vigor, fué el primero que conoció que le faltaban las fuerzas; apoyóse tor-

Si el Sr. Ruiz Zorrilla ha aconsejado esta entrevista, nos parece que el consejo le perjudica.

Si el Sr. Ruiz Zorrilla no sabía nada, nos parece que ha debido arrojar la cartera por la ventana.

Si los constitucionales aceptan al poder, nos parece que no le disfrutarán por muchos días; y en verdad que para aceptar el poder es preciso haber perdido el juicio.

Si nos equivocamos en estas apreciaciones, preciso es ó que los radicales vean la situación más negra que los negros de Puerto-Rico, ó que sean tan sabios é inteligentes como el mismo D. Amadeo.

En otro lugar damos algunos pormenores sobre esta visita.

## MUERTE

La noticia del fallecimiento del Emperador Napoleón cayó como una bomba en París el día 9 del corriente.

Días antes se había anunciado que el que por espacio de diez y ocho años había dirigido los destinos de la Francia, se encontraba enfermo de alguna gravedad; pero nadie se imaginaba que estaba tan próxima su muerte.

Como es natural, este inesperado acontecimiento, que ha causado en París una inmensa sensación, es el objeto preferente de las conversaciones en todos los círculos importantes y de los debates de la prensa.

Creemos complacer á nuestros lectores dedicando algún espacio en nuestras columnas al difunto Emperador, y empezamos con los siguientes datos biográficos, que servirán para refrescar la memoria de nuestros suscriptores acerca de la vida de este insigne personaje y de los hechos en que ha representado un papel importante.

Carlos Luis Napoleón Bonaparte nació en París, en el hoy destruido palacio de las Tullerías, el 20 de Abril de 1808. Tenía por consiguiente 64 años y algunos meses.

Era el tercer hijo del hermano de Napoleón I, Luis Napoleón Bonaparte, Rey de Holanda, y de la Reina Hortensia, que se ocupó de la educación de su hijo con una solicitud verdaderamente paterna.

Los primeros maestros de Napoleón fueron M. Le Bas, que le enseñó la historia y las ciencias exactas, para las que el joven alumno demostró tener gran aptitud y particular afición, y el general Dufour, bajo cuya dirección se instruyó en el arte de la guerra. La obra que publicó Napoleón en 1836, titulada *Manual de artillería para el uso de los oficiales de la república Helvética*, demostró que no había perdido el tiempo en sus primeros años.

Después de la revolución de 1830, y de resultados de la negativa del Gobierno de Luis Felipe á derogar la ley en cuya virtud la familia de Napoleón estaba desterrada de Francia, Luis Bonaparte marchó á Italia para echarse en brazos del movimiento revolucionario de los Estados pontificios, y después de haberse distinguido en varios encuentros, se puso á la cabeza de las columnas que sitiaron á Civita-Castellana.

A fines de 1831, los jefes de la insurrección polaca ofrecieron á Luis Napoleón el mando de sus legiones, proponiéndole como recompensa la corona del nuevo reino de Polonia; pero apenas se puso en camino se recibió la noticia de

que Varsovia estaba en poder de los rusos.

No necesitamos recordar las tentativas de Strasburgo y de Bolonia, pues todo el mundo conoce estos hechos de la vida política de Napoleón. En la fortaleza de Ham, continuó sus estudios, escribiendo varias obras y opúsculos, algunos de bastante mérito.

La revolución de Febrero de 1848 abrió nuevos horizontes á la noble ambición del sobrino de Napoleón I. Diputado por París y por tres departamentos, en las elecciones parciales del mes de Junio de aquel año, su nombre causaba ya en aquella época una viva agitación en Francia. El 13 de dicho mes, Luis Napoleón envió al presidente de la Asamblea la renuncia de su cargo, y no volvió á Francia sino tres meses después, favorecido por una sinuosa elección.

Apenas entró en la Asamblea, empezó á formarse un gran partido que trabajaba ya para elegirle presidente de la república. Por 5,623,834 de sufragios obtuvo la presidencia prestando juramento el 20 de Diciembre de 1848. Tarea enojosa sería la de ir reseñando todos los acontecimientos ocurridos en Francia, y particularmente en París desde esta última fecha hasta el golpe de Estado de 2 de Diciembre de 1851, por lo cual nos concretaremos exclusivamente á citar algunas fechas. El 22 de Abril de 1849 marchó el general Oudinot á Civita-Vecchia para dirigirse luego contra la república romana; el 15 de Junio de aquel año hubo una sangrienta insurrección en la ciudad de Lyon; en 16 de Junio de 1850, se dio una ley de imprenta rigurosa, estableciendo el timbre, un depósito de mayor cuantía y la firma al pie de los artículos políticos; el 10 de Enero de 1851, se relevó al general Changarnier del mando del ejército de París; el 4 de Noviembre del mismo año leyó el presidente un mensaje muy notable en la nueva apertura de la Asamblea.

¿Tendremos necesidad de recordar todos los hechos ocurridos durante el mes de Diciembre de dicho año? Están en la memoria de todo el mundo y es inútil hacer mención de ellos.

En 1.º de Enero de 1852 se restableció el Aguija imperial de Napoleón; el Código civil tomó nuevamente el nombre de Código de Napoleón; el 29 de Marzo se verificó la apertura del Senado y del Cuerpo legislativo por el presidente del palacio de las Tullerías; por último, Napoleón III, emperador de los franceses, el día 2 de Diciembre de 1852. Su matrimonio con la hermosa condesa de Teba, hija de los condes del Montijo, se anunció el 22 de Enero de 1853, celebrándose con gran pompa el 29 en el palacio de las Tullerías, y el 30 en la catedral de Nuestra Señora.

Infinidad de indultos políticos, concedidos por Napoleón pocos días después, fueron el regalo de boda de los augustos esposos al pueblo francés que les aclamaba con entusiasmo.

El 16 de Marzo de 1851, veintinueve canones anunciaban al pueblo francés el nacimiento de un príncipe, que tiene hoy cerca de 17 años, y á quien el partido bonapartista llama desde ayer Napoleón IV.

Sebastopol, Magenta, Solferino, dos grandes Exposiciones universales, la riqueza y la prosperidad de la Francia, son los principales timbres del reinado de Napoleón III.

Hoy, ante su cadáver, no tenemos para qué enterrar los grandes errores de su política, ni los grandes desastres de los últimos días de su reinado. No queremos aumentar con ello la profunda pena de la esposa y del hijo; lanzando acusaciones sobre el cuerpo inanimado del que fué durante tantos años el árbitro del mundo.

La historia se encargará de juzgar el reinado de Napoleón III. Este trabajo cumplió á las

dora esperanzal. El silencio de la noche no le turbó ningún otro ruido sino el viento que penetra en una profunda abertura.

El mayor desahogo se apoderó entonces de los viajeros, cansados de padecer y de luchar contra el frío y contra las fatigas; Bonnard y Combel se dejaban caer en la nieve, manifestando que no pasarían adelante y que preferían una muerte pronta á aquella horrible agonía. Francisco y Félix van á imitar el ejemplo de estos. Solo Margarita, la invencible Margarita, lucha contra la postmora general; ya ruega, ya amenaza, ya los trata de locos y cobardes, ya les recuerda sus sentimientos de personas de honor y de cristianos; pero todo es inútil. Tan insensibles permanecen á los ruegos como á las injurias; si, aque-lla escena se prolonga un momento más y la nieve continúa cayendo, los habrá envuelto á todos en una sábana blanca, helada.

—¿Oyen Vds.? gritó ella de repente. —Esta vez no era ilusión; pues todos oyeron claramente los ladridos de los perros. Resucen un grito general de alegría; y aunque se habían acostado para morir, conocen que renace en ellos el amor á la vida; hacen un esfuerzo supremo, y ayudándose entre sí, se ponen de pie, aunque vacilando acerca del camino que deben emprender. Margarita, con los brazos alzados hacia el cielo para dar gracias al Señor, señala con la mano hacia el Oeste.

—Vamos por este lado, dice con resolución. Suben por una escarpada eminencia cubierta con resaca de nieve; pero no se quejan de su trabajo porque la esperanza ha reanimado su valor. Bajan, al fin, por el otro lado de la eminencia; despijase allí el horizonte, y la luz de una gran hoguera que brilla en lejanía les permite ver como juncos docena de tiendas árabes colocadas en círculo en lo profundo del valle. El aspecto de la tierra prometida no hizo experimentar á los israelitas que vagaban por el desierto más viva sensación, que la vista de este miserable aduar produjo á nuestros angustiados viajeros.

(Se continuará.)

## FOLLETIN.

MARGARITA.

VII.

En vano el hermano y el sobrino le ruegan que cobre ánimos y haga un esfuerzo sobre sí para dominar el pánico sueño que se está apoderando de sus sentidos; el infeliz se irrita y blasfema, y sus ojos espantados denotan el extravío en su mente, cual si estuviese ebrio. En vano también Margarita, toda trémula, le acerca á los labios un frasco de aguardiente que Bonnard trae; no se pudo lograr que tragara una gota. Púsose entonces ella á darle fricciones para hacerle entrar un poco en calor, mientras los cuatro hombres, que estaban aún ágiles, unían sus esfuerzos para establecer la tienda de campaña y encender lumbre, porque la noche se acercaba y era imposible acortar con el camino en medio de aquella llanura tan uniforme y solitaria. Por desgracia no había leña, y las raíces de alcornoques silvestres y otras plantas que se logró descubrir bajo la nieve, estaban demasiado húmedas para inflamarse. Mientras tanto se formaba la tienda sobre unos pilones clavados en el suelo; trasladaron á ella al enfermo; á quien abrigaron con cuanto ropa había en el escaso equipaje de los viajeros; en seguida trajeron otra vez de encender lumbre. A fuerza de pedazos de papel, que se encontraron en los bolsillos de Combel, se pudo al fin inflamar las raíces de alcornoques y las matas de tamarisco; pero al momento se llenó la tienda con un humo tan espeso que amenazaba asfixiar á todos los presentes, y al buscar estos los medios de librarse de semejante escollo, un vendaval destruyó aquel escaso abrigo, cuyo lienzo, lleno de nieve, los envolvió á todos como una mortaja. El criado fué el primero que salió de esta especie de sepulcro anticipado, y ayudó después á zafarse á sus compañeros: solo Emilio quedó inmóvil en su sitio.

—Mi pobre hermano ha muerto! dijo Combel con voz acongojada.

Acercose Margarita á aquel joven, poco antes tan lleno de vida; pulsó la mano en el corazón, buscó el pulso y estremecióse de horror y de compasión al ver que efectivamente había dejado de vivir.

—Vámonos de aquí, no sea que nos suceda otro tanto, dijo el criado, procurando llevarse consigo á su amo.

—No, no; no abandonaré yo á mi pobre Emilio, dijo á media voz Combel, á quien el frío empezaba también á entumecer.

—Pues señor, va Vd. á morir como él, repuso bruscamente el criado. Y si esta es la idea de usted yo lo dejo, porque todavía tengo ley á mi pellejo, aunque es viejo.

Y llevado por ese egoísmo brutal que el instinto de la conservación comunica á la mayor parte de los hombres, se separó de sus compañeros.

—Vuelva Vd., Francisco! le gritó Margarita, comprendiendo con su clara inteligencia que de la unión de sus fuerzas y de sus disposiciones dependía la salvación de todos; vuelvase Vd. y se lo mando.

Esta voz, dulce é imperiosa á un tiempo, que se hizo oír como el sonoro bronce en medio del espantoso silencio de aquella noche de horror, ejerció un poder mágico en el alma de aquel hombre, el cual al momento se detuvo y en seguida obedeció sin decir palabra.

Entretanto se había acercado la joven á Combel, y le ayudaba con todas sus fuerzas.

—Levántese Vd. para no morir como su hermano, le decía con instancia.

—No puedo... no puedo, dijo á media voz el infeliz. ¿Me he de marchar sin él, y lo he de dejar ahí de ese modo?

—Acuérdese Vd. de su mujer y de sus hijos, á quienes va Vd. á dejar huérfanos, si no hace lo que le decimos.

Estas últimas palabras causaron al parecer alguna sensación en el alma de aquel infeliz, é hizo un esfuerzo para levantarse.

Margarita le dió la mano.

—Cójala Vd. el brazo de Francisco y apóyese también en su sobrino; ahí está su paletó; póngaselo y abriguese lo más que pueda.

Todos se pusieron cuanto ropa venia en el equi-











